

EL TIEMPO COMO CATEGORÍA HISTÓRICA: LA PERIODIZACIÓN Y LAS EDADES DE ROMA (*)

Time in historical narratives is not a mathematical abstraction, but is shaped by events and distributed into periods. After reviewing traditional strategies of periodization, including cycles, the Hesiodic succession of ages, and the early Roman idea of historical decline, this paper examines how two views of historical time—as alternating between good and bad eras and as a succession of historical stages corresponding in part to the ages of man—were combined in the work of the neglected historian “Vopiscus” (one of the authors of the *Historia Augusta*) to produce a new conception of historical periodization.

Dígase como se diga poética⁽¹⁾, filosófica⁽²⁾ o científicamente⁽³⁾, el tiempo es una categoría histórica de primera magnitud; la base y la materia de la que parte su relato: sin su fijación inicial y su propia existencia ella misma no existiría—tampoco la geología, las ciencias naturales o la matemática, sin los minerales, las plantas o los números—. Y sin una determinada organización temporal narrativa, sin relato coherente de los hechos, no se puede expresar el resultado de un proceso. No puede existir Historia. Incluso esa simple secuencia en que se dispone su selección demuestra las características generales de una obra y el designio final de sus autores, al menos en su nivel más inmediato: el *Ab urbe condita* liviano⁽⁴⁾ se ajusta a una venerable tradición, característica de Roma, sin modificación sustancial desde su génesis, con la que se prescinde de otras fórmulas histórico-narrativas más novedosas, de

(*) Sólo la amabilidad y paciencia de los organizadores de las últimas Jornadas de Fil. Clásica de Castilla y León (Valladolid, 2000), los Prof. M. García Teijeiro y José I. Blanco, me han inducido a participar en este volumen. Dada la extensión máxima del texto hemos reducido a referencias puntuales cuestiones que allí desarrollamos, ampliando, en cambio, los datos de la investigación personal que, por su propio carácter, silenciemos entonces. Solicitamos, no obstante, la benevolencia del lector ante un trabajo algo ambivalente, muy reducido por razones editoriales, con varias facetas no abordadas, y abierto aún al análisis de otras muchas.

(1) “La historia es una investigación sobre el tiempo” (Juan Manuel Palacio, poeta, 1831-1906).

(2) Cf. la definición de PLATÓN en el *Timeo* 37c-d.

(3) Cf. A. BEINE, “Temps et histoire”, *Les Études Classiques* 46, 1978, 353. También, en general, la obra de J. T. SHOTWELL, *Historia de la Historia en el mundo antiguo*, trad. esp. de R. Iglesia, Madrid 1982 (reimpr. 1940 = *The History of History*, N. York, 1939), 30-40 y 77. Debemos mucho a su lectura.

(4) El simple *Ab excessu Divi Augusti* o el inicio de las *Historias* (I 1), con la relación con Livio en la segunda frase.

cualquier deseo de innovación o ejemplificación paradigmática, y de síntesis conceptual de un proceso, advertido como tal. Igual, en cierta forma, que la obra de Tácito. Obviemos su orquestación literaria —su fuerza expresiva, su dramatismo, el sugestivo realismo de sus detalles y la variedad de sus registros expresivos y estilísticos—, y su profundidad psicológica en el retrato de personas o circunstancias (*Hist.* I 4-11). Si prescindimos de ello, y del juego de los “rumores”, de la pincelada sombría de sus juicios y del impacto de sus orquestadas escenas de muerte —menos numerosas que literariamente acrecidas—, lo más perceptible, a primer vista, es la simple secuencia lineal que incorpora su investigación. El “tiempo” no ha pasado, o ha pasado en balde. Este brillante producto de la clase media provincial, más preocupado por los individuos que por los movimientos políticos, no parece haber sabido cómo organizar su relato de forma distinta a la puramente “anual”, ni pasar por encima de esa casi mecánica sucesión de detalles e intrigas que dominan su relato. Puede concederse que sus circunstancias histórico-personales lo han abocado a ese escepticismo resabiado, esa melancolía intransigente o la ambigüedad calculada de sus juicios, en lugar de al examen “científico” de un proceso tan creativo, con todos sus defectos y limitaciones, como el del Imperio Romano. Hay que reconocer, prueba de su inteligencia, que él mismo parece advertir la evanescencia de tal organización y la falta de peso y entidad de sus ingredientes informativos⁽⁵⁾: esa serie de intrigas y atrocidades, “de análogo desenlace”, contra cuya “monotonía y fatiga debe luchar”⁽⁶⁾. Pero en su propia disculpa —“el obstáculo está en su materia”⁽⁷⁾—, y en la peculiar fórmula de evitar “el cansancio y aburrimiento” —“agrupar los sucesos de dos veranos”⁽⁸⁾— se percibe su inadvertencia de la realidad y falta de recursos. Más que en aquélla, el fallo está en su propia incapacidad de trascenderla, cuando justamente su gran valor radica en tal trascendencia, cuando la lleva a cabo: esa imagen de la tiranía corruptora, perfilada con los rasgos concretos de la de Tiberio y Nerón, es tan eterna como universal. Sería demasiado decir que Tácito “no vio” su historia como un conjunto de sucesos, la tragedia de una *libertas* arrumbada, que es lo que da unidad a esa multiforme acumulación de atrocidades y crímenes. Pero sí parece que lo que “no vio”, en esa antítesis República/Imperio, fue la conjunción interna de sus procesos, apuntando el futuro del régimen, más allá de la acción de sus déspotas protagonistas. En su relato hay sólo una secuencia cronológica del acontecer, que se ajusta a una simple caracterización “biológica”, en tanto que su “eventualidad” —las “efemérides” referidas, no el “proceso”—, descansa sobre la acción de unas personas, aunque éstas sean el baluarte del poder político. Ni concepción orgánica ni filosófica. Tal vez, sin apenas perspectiva “temporal

(5) Cf. *Ann.* 4,32,1, e *infra*, n. 7.

(6) Cf. *Ann.* 4,33,3; 16,16; y 6,7,5.

(7) Cf. *Ann.* 4,32,1-2.

(8) Los años 6-9 d.C. (*Ann.* 6,38); cf., también, *Ann.* 16,16.

e histórica”, vio sólo lo que podía ver y narró lo que podía narrar, como lo podía narrar —en el moralizante⁽⁹⁾ esquema liviano—, ajustándose al interés de la sociedad rica y culta —más escuela de escándalo que de historia—, a la que iba destinada⁽¹⁰⁾. Sorprende que sean autores de menor enjundia literaria e “histórica” (Floro; Víctor; y la anónima *Historia Augusta*), con sus errores o limitaciones, dentro de una estructura tradicional y cada uno por razones propias, quienes perciban la evolución interna de su pasado, ajustando sus historias a una secuencia periódica más o menos determinada o definida; es decir, arriesgándose a periodizarla.

I

Fue, ya apuntamos, la fijación del tiempo, tras su precisión matemática por los sacerdotes caldeo-babilónicos —que permitió marcar el avance, límite y características de ese “cambio” cuya esencia había aquilatado Heráclito y definiría filosóficamente Platón—, y la incorporación del acontecer en una determinada disposición las que iniciaron el relato histórico. Un camino largo, no siempre directo, que conduciría desde la simple enumeración de unas genealogías (las de Hecateo), o sucesos ocurridos a lo largo de varias dinastías (la Piedra de Palermo)⁽¹¹⁾ —de alguna forma, “documentos para el futuro”—, hasta la dualidad “hechos-resultado” de un pequeño proceso⁽¹²⁾; o, en un peculiar esfuerzo de historia contemporánea, al compendio horográfico⁽¹³⁾, como las Crónicas o *Annales Pontificum*⁽¹⁴⁾. No será, en cada caso, todavía, Historia; sea porque ésta deba ser necesariamente el resultado del análisis de algo, no sólo ocurrido, sino sucedido con una ocurrencia decisiva, y sólo el transcurso del tiempo, la perspectiva temporal, puede dar validez a tal hecho; sea porque en tan primitivo estadio sólo hay mero sumario —no síntesis—, sin selección, ni cohesión argumentativa, ni relación de causalidad.

Un paso más fue su fijación relativa, con la conexión del acontecer de dos pueblos, como ilustra la anécdota de Hecateo, referida por Heródoto (II 143) —o la muy semejante de Platón⁽¹⁵⁾—: cuando alardeaba aquél, ante los sacerdotes

(9) Cf., p. ej., *Ann.* 4,33,2 (hay una cierta ironía trágica en esta referencia al valor ejemplar de la Historia en Roma); e *Hist.* I 2.

(10) Evidentemente, hay cierta relación en determinados hechos o aspectos o incidentes (cf. *Ann.* 2,88).

(11) Cf. SHOTWELL, *op. cit.*, 93-4, y n. 6.

(12) La inscripción del corredor que rodea el santuario del templo de Amón en Karnak, con las diecisiete campañas de Tutmosis II (*ib. supra*, 99).

(13) Cf. Ch.W. FURNARA, *The Nature of History*, Berkeley-Los Angeles-London 1983, 16-28.

(14) El término es casi equivalente; el paso de un “anal” a una crónica es rápido, fácil y habitual; incluso es difícil encontrar uno puro, con sólo referencias a su inmediato presente; los de Roma añadían a sus expresiones formularias fragmentos de los anteriores.

(15) *Timeo* 22d: Solón, después de trabar amistad con las gentes de Sais preguntó a sus más sabios sacerdotes por sus tradiciones, utilizando, como medio de captación, la alabanza de las suyas propias, “muy antiguas” —sus mitos y sus genealogías—; uno de ellos, muy viejo le objetó: “Solón, vosotros los griegos sois siempre niños; un griego nunca es viejo!”, y, ante su protesta, el anciano

de Tebas, de la antigüedad y procedencia de su genealogía (dieciséis generaciones; el primero, el héroe/dios), éstos le replicaron mostrándole las numerosas estatuas de sus propios antepasados, cuya secuencia se remontaba mucho más atrás en el tiempo, y no a un dios/ héroe primigenio. Datos todos, especialmente el último, que establecen la marca de humanidad y racionalidad —sólo la acción del hombre y su decisión; no el designio divino— y continuidad requeridas por el historiador. De ahí, sin duda, su posición como tal, decantada en su famosa declaración programática inicial⁽¹⁶⁾. Tal perspectiva “relativa” y “temporal”, más que la existencia ontológica, *per se*, de un hipotético “hecho histórico”, aislado, es la que da la clave de su valor a un suceso. No es, con todo, algo incontestable —la contemporaneidad a los hechos, base de su buen entendimiento y explicación, ha sido postulado desde Tucídides o Salustio hasta el positivista Leonard von Ranke⁽¹⁷⁾—; pero los matices ayudan a salvar el escollo⁽¹⁸⁾.

En cualquier caso, sí parece evidente que la organización del acontecer transcurrido en una determinada, y “única”, agrupación, esto es, la periodización, como respuesta a la “comprensión” de todo un proceso, exige tal perspectiva temporal. Primero porque la comprensión del pasado requerida para la enumeración y el encuadre resultante debe ser tan profunda como para permitirlo, y parece claro que la inmediatez, con la multiplicidad inherente a la falta de perspectiva, impide la selección adecuada y la integración en un todo orgánico. Segundo porque la distribución dada, cualquiera que sea —más sistematizada o menos; con o sin metáforas de referencia—, requiere tal organicidad, la comprensión de la “causalidad” interna de ese transcurso temporal, suprimiendo su “casualidad”: qué datos, sucesos o circunstancias han sido el auténtico motor de tal proceso y qué tipo de relación, unión y separación, de unos eventos de otros ha debido producirse para que ese conjunto, y su resumen, tenga y transmita la ilación debida. No parece una tarea fácil cuando una salustiana reflexión del propio Tácito plantea un dilema tal: *Sed mihi haec ac talia audienti in incerto iudicium est FATONE res mortalium et NECESSITATE IMMUTABILI an FORTE volvantur* (*Ann.* 6,22)⁽¹⁹⁾. Con tales premisas parece difícil que una comprensión del proceso interno de su historia, en la propia Antigüedad —Roma, a tenor de estas frases—, pueda llevarse a cabo.

No obstante, tal análisis existe; eso sí, siempre con matices, ligando la idea de “historia” a la de “nación” —que se convierte así en la “historia de una na-

interlocutor aclaró: “Sois jóvenes porque no guardáis en vuestra alma ninguna opinión antigua procedente de una vieja tradición ni tenéis ninguna ciencia encanecida con el tiempo”. En Egipto se conservó en los templos el relato de lo acontecido. Sólo lo así recogido mantiene la historia.

(16) “Hecateo de Mileto habla así: yo escribo lo que creo ser verdad, porque las historias de los griegos son diversas y me parecen ridículas”. Luego Heródoto la adaptó en su proemio.

(17) Cf. L. CANFORA, “El ciclo storico”, *Belfagor* 26, 1971, 670.

(18) Theo C. Parker, al presentar en rueda de prensa la sede de XVIII Congreso, como presidente del Comité Internacional de Ciencias Históricas, advertía: “El presente no existe; todo es pasado en el momento en que ocurre” (Evidentemente, “que acaba de ocurrir”).

(19) O ésta: *Quod in pace FORS, seu NATURA, tunc FATUM et IRA DEUM vocabatur* (*Hist.* IV 26).

ción”, que es la propia ⁽²⁰⁾—, y con una percepción que suele ejemplificarse a través de una imagen descendente, ya que, más que como estudio objetivo, surge como respuesta a las dudas de un presente conflictivo o difícil. Sólo la escatología judeo-cristiana la modificará con un “ascenso” que les abre la nueva y definitiva vida: el Reino de Dios —en su primera (judíos), o segunda venida (cristianos)—, aunque tan esperanzadora perspectiva no impida la “eternidad” de un oscuro presente ⁽²¹⁾. Pero la teoría de los cuatro reinos del *Libro de Daniel* ⁽²²⁾, aunque pueda haber influido en la fijación del tema de las edades de Roma ⁽²³⁾, no se utiliza como tal como recurso literario ni ideológico. En cambio, el mito de Hesíodo ⁽²⁴⁾, con su amargo pesimismo —el continuo declive de las distintas fases, tras cuyo final a los hombres sólo les quedará el sufrimiento eterno, sin remedio posible—, o la idea universal de la caída de todas las cosas ⁽²⁵⁾, sí tendrán en Roma su reflejo ⁽²⁶⁾ en una u otra resolución: una indeterminación absoluta, con una teoría general sin aplicación práctica, porque ésta podría resultar incómoda o embarazosa. O una secuencia más o menos definida en fases: sea una simple sucesión de ellas, sin denominación, con la última suspendida en un impasse *quasi* eterno, tras el cual nadie percibe el cambio definitivo —el fin del mundo propio—; o con una comparación orgánica o biológica —muy rastreada desde su primera noticia en Fabio Píctor ⁽²⁷⁾ hasta su amplio desarrollo en el *Epitome* floriano—, de buena factura retórica pero complicado ajuste histórico, que, precisamente por eso, a veces, en un quiebro extraño pero “necesario” ideológicamente, liga su renqueante final a un admirable “renacimiento”. De hecho el esfuerzo por evitar ciertas conclusiones lleva a los diferentes autores a no siempre exitosos razonamientos, o silencios parlantes, como se percibe, incluso, en el relato del racionalista Polibio. Él la ejemplifica perfectamente con la famosa anécdota de Escipión Emiliano, llorando a su lado, mientras se destruía

(20) La de Roma, o la judía: “el otro” sólo entra en escena por su relación con lo propio.

(21) Aunque la vuelta al Paraíso supondría, *sensu stricto*, otra concepción cíclica, tipo estoico, la importancia de la espera y del hito final dan a su concepción su carácter singular.

(22) Una en el capítulo 2, escrita probablemente antes del reinado de Antioco IV Epifanes: la de la estatua; la otra (cap. 7-8), más compleja, escrita durante su reinado, o poco después, es la del rey Baltasar, con los cuatro vientos y cuatro bestias (los reinos de la tierra), y el Hijo del Hombre, sobre todos ellos.

(23) Cf. M. ESPADAS BURGOS, *La periodización de la historiografía romana*, Madrid 1961, 111-6.

(24) *Los trabajos y los días*, vv. 109-201.

(25) Cf. HDOTO I 5,4 (sobre el ciclo del hombre, cf., además, I 207,2, e *infra*, n. 33).

(26) En cambio, M. SORDI (“L’idea de crisi e rinnovamento nella concezione romano-etrusca della storia, *ANRW* I 2, Berlin-N. York, 1972, 781-92), enlazaba su concepción de la historia —error o falta y, en consecuencia, desastre; expiación y redención, como la judeo-cristiana—, con la mentalidad etrusca, más que la griega.

(27) En conexión con el tema de la *concordia ordinum* y la polémica con la historiografía griega (cf. N. SANTOS YANGUAS, “La concepción de la historia de Roma como sucesión de edades en los historiadores latinos”, *Cuadernos de Filología Clásica* 17, 1981, 175).

Cartago⁽²⁸⁾, como años atrás lo hiciera Jerjes, junto a su tío Artábano, cuando observaba en el Helesponto la multitud de barcos prestos a la conquista de Grecia⁽²⁹⁾: lamentaba el persa lo breve que iba a ser la vida de sus hombres; el romano, “consciente de la inevitable caída de ciudades, pueblos e imperios, e individuos”, repetía los versos homéricos: “Día vendrá en que perezca la sagrada Ilión, // Príamo, y el pueblo de Príamo, el de la buena lanza de fresno”⁽³⁰⁾. Que para Polibio la ineluctabilidad de tal destino es clara lo demuestra su insistencia en reflejarlo: esta escena amplía la protagonizada por Aníbal, otrora vencedor de Cannas, al pedir al Africano I, ante Zama, “que no se ensoberbeciese y reflexionase sobre tal circunstancia”⁽³¹⁾. El tiempo, con la caída política y muerte de abuelo y nieto, convertiría en realidad histórica esas proféticas palabras.

El problema, evidentemente, es que esa veleidad de la Fortuna —tópico por excelencia suyo, pero en modo alguno exclusivo— lo obliga, en el caso de Roma, a dejar en la cúspide su primera parte, la del ascenso, sin aplicarle el indefectible descenso. Por eso, al compararla con Cartago, se ve obligado a advertir: “Tanto en un cuerpo como en una constitución, cuando hay un crecimiento natural de las actividades y sigue un periodo de culminación tras el cual viene una decadencia, lo más importante de todo es el periodo de culminación (VI 51,4). De ahí que su conclusión tenga que ser que “en este periodo álgido es donde más diferenciaron la constitución romana y la cartaginesa”⁽³²⁾. Es una cómoda forma, tal vez la única, de eludir el problema. No parece haber aplicación a la potencia mediterránea de la conclusión necesaria de la prótasis. Salustio, con la misma idea general⁽³³⁾, ajustará algo más el proceso en ese análisis del descenso a los Infiernos de una República “que creció”⁽³⁴⁾. Por eso Livio, como recurso psicológico, pero también histórico, separa los dos primeros estadios, el nacimiento y auge de Roma⁽³⁵⁾, de cuya “vida” va a tratar⁽³⁶⁾, y la caída, por su propia grandeza (§ 4-5)⁽³⁷⁾. Cuando el plantea-

(28) Cf. POL. XXXVIII 22 y APIANO, *Púnica* 132, de donde procede el relato.

(29) HDT. VII 45-6.

(30) *II*. IV 164-5; VI 448-9.

(31) Cf. POL. XV 7 (frag.).

(32) En Cartago era el pueblo el que decidía; en Roma, el Senado...; Roma ganó porque las liberaciones de éste fueron muy atinadas. Es evidente la antítesis democracia / aristocracia oligárquica.

(33) Cf. el *omniaque orta occidunt et aucta senescunt* (Yug. 2,3; y cap. 3-4), muy semejante a la del PSEUDO SALUSTIO, *rep.* I 5,2.

(34) *Conj.* 51,40.

(35) *...et partum et auctum imperium sit* (§ 9).

(36) Cf. L. HAVAS, “La conception organique de l’Histoire sous l’Empire romain et ses origines”, *Acta Classica Univ. Scient. Debrecensis* 19, 1983, 104, n. 36. Para el análisis de este “escapismo”, cf. M. PASCHALIS, *Livy’s Praefatio and Sallust*, Ann Arbor, Michigan 1980, 85-91.

(37) “Cuando la vejez lo arrebatara todo, ni siquiera se ofrece a sus dotes materia para explicarse” (28,53,8). Los *senes* implican prudencia y moderación frente a la *temeritas*, *audacia*, *ferocitas* de los jóvenes-malos (Minucio y L. Furio); pero si la decadencia física de estos implica incapacidad para el ejercicio de ciertas actividades y funciones de interés público, sobre todo mili-

miento que él, como Cicerón antes⁽³⁸⁾, había evitado llevar a conclusión lógica, se concrete en una imagen biológica definida —la del cuerpo humano con su nacer, crecer y MORIR— la solución será difícil.

De ahí que, a veces, aunque se analice y estratifique el declive, se evite la comparación explícita. Eso hace Aurelio Víctor, que ajusta su historia imperial a cinco etapas, pero sin una imagen definida que le obligue a un final dado. La primera, la dinastía Julio-Claudia, ya la había marcado Suetonio⁽³⁹⁾, que da más razones que él, siempre dominado por la *brevitas* conceptual y expresiva. La segunda, formulada con un evidente tono salustiano⁽⁴⁰⁾ y tópicos de claro eco floriano, es la de Domiciano/Nerva: tras los romanos o italianos, los extranjeros; quizá, como en el caso de Prisco⁽⁴¹⁾, mejores (11,12-3). La tercera, Antoninos y Severos, deja el punto de inflexión para la cuarta en la elección de Maximino, abriéndolo con una espléndida diagnosis de la anarquía: “A partir de este momento, los emperadores más deseosos de conseguir el poder para sí que de someter a los extranjeros, y luchando unos contra otros, arrojaron al precipicio al estado y se vieron elevados al poder buenos y malos, nobles e indignos, e incluso muchos bárbaros...”⁽⁴²⁾. La quinta, sin embargo, la entronización de Diocleciano, queda en el aire; como el futuro del Imperio ahora y después, al final del relato. Se marca el cambio, pero la reflexión se mantiene en un límite ambiguo: “los humildes, llegados al poder, no tienen medida en su ejercicio”⁽⁴³⁾. Es un apunte excesivamente lineal, por lo caracterizador —pese al valor eterno, y, por ende, “histórico” de tal perfil político—, de lo que iba a suponer el Dominado⁽⁴⁴⁾, o, mejor, la Tetrarquía y su herencia. De hecho, la disposición no rigidamente biográfica de la materia en esos últimos capítulos (39-41) no responde a una planificación voluntaria sino a la simple circunstancia de la variedad de personajes y lugares de la acción; ni siquiera ello le permite ahondar en una filosofía de la historia que se le escapa. Por eso su

tares, y eso se aplica al estado, es evidente que tal etapa, por mucha “sabiduría” que acumule y transmita, es poco deseable. Tiberio puede no ser peor en Capri que antes, pero al ser más viejo lo acaba siendo: los vicios se acrecen con la edad (cf. P. SOVERINI, “*Senectus e res publica*: la storiografía romana”, *Senectus. La vecchiaia nel mondo classico*, ed. U. MATTIOLI, II, Roma, Bologna, 1995, 240-285).

(38) ...*si nostram rem publicam vobis et nascentem et crescentem et adultam et iam firmam atque robustam ostendero*... (II 1,3); y Rómulo dejó un pueblo *adultum iam et paene puberem* (II 11,21).

(39) Galba 1.

(40) Cf. la reflexión (53,2) que cierra el discurso de Catón (cap. 52) en la *Conjuración de Catilina*.

(41) Floro, como Víctor, enfatiza la relación/antítesis entre los romanos y los extranjeros a través de éste, en quien se unió el *ars italica* y el *ingenium italicum* (I 1[5],1). Cf. *infra*, n. 42.

(42) El eco de Floro sigue claro, sobre todo en la antítesis de la *Virtus-Fortuna*, que maneja a los mortales según su capricho, y “tras haber sido contenida durante mucho tiempo por la Virtud, acaba entregando el gobierno a los más viles por nacimiento y educación” (24,9-11).

(43) 39,5-7: Mario y él sobrepasaron los límites: la *nobilitas*, al menos, tenía derecho a sobresalir por las molestias que la abrumaban.

(44) El régimen sólo se analiza a partir de su “lujosa indumentaria” (39,2), algo insuficiente como evaluación histórica de tan complejo proceso.

bosquejo, limitado a la diferencia de distintos tipos de emperadores —la familia del iniciador del régimen imperial; los de la Urbe e Italia; los extranjeros “buenos”; y los “malos” bárbaros; y Diocleciano y su sucesión⁽⁴⁵⁾—, y tocada por un inequívoco matiz moralizante, no puede tener un punto final histórico: la antítesis de Constancio II con Juliano al no ser explícita —y, sobre todo, al carecer éste del tono épico y el juego histórico del que Amiano lo dota, incluido su desastroso final— se diluye en la simple coyuntura y vuelve a ser personal⁽⁴⁶⁾. Ciertamente es que al estilista Víctor no le falta arte ni habilidad retórica: el encomio de la elocuencia del hijo de Constantino al vencer a Vetranión parece ligarse a la de los Julio-Claudios, muy “ilustrados”, aun no siendo *boni* —salvo Augusto—; pero esa finta, por sutil que la composición anular sea, es demasiado débil como motivo histórico. La periodización, brillantemente apuntada por un epitomador al que el tiempo y el carácter sintético de su relato han dado una evidente perspectiva, no ha adquirido perfil definido ni enunciación clara. Si es claro que no parece haber nada que pueda detener el descenso, continuo e imparable, aunque de fin impredecible, de Roma.

La dificultad, evidentemente, se acrecienta cuando el análisis se hace más rígido, con un punto de partida y llegada definidos. Una cosa es el razonamiento de Lucrecio, apuntando la tristeza del anciano labrador o el plantador de una viña decrepita, que acusan al presente de sus males sin ver que todo “degenera, agotado por la larga carrera de la vida”⁽⁴⁷⁾, y otra, muy distinta, el devenir histórico. Y cuando se acude a la metáfora del cuerpo humano, en cualquiera de sus divisiones⁽⁴⁸⁾, parece olvidarse que sus primeras fases son radiantes, pero, tras la *senectus*, sólo está, como dirá Lactancio⁽⁴⁹⁾, la muerte. De hecho Veleyo, cuando compara la decadencia de la importante *gens* Metela a la de los pueblos acaba con su desaparición (II 11,3), sin insinuar la “resurrección” que capítulos antes daba a Capua (I 7,4). Tampoco Floro en uno de los poemas que se le atribuyen⁽⁵⁰⁾: “... El primer día permite ver el bro-

(45) Cf. su análisis de la Diarquía (40,12-4): la cortesía, erudición y elegancia son necesarias para un emperador... Constantino las tuvo y alcanzó el cielo; no se advierte su “revolución” (cf. n. 91).

(46) Como en la de Diocleciano: su comparación con Mario sería una excelente percepción de no limitarse al toque moralizante (cf. *supra*, n. 43).

(47) *De rerum natura* II 1150 y ss., en especial, 1164-74. Más genéricamente, V 827-36. También la metáfora de CICERÓN (*Bruto* 16), a propósito de la génesis de la obra literaria.

(48) Tres, Empédocles y Aristóteles —nacimiento, desarrollo y muerte (*Retórica* II 1388 b36; y *Poética* 21); y Séneca el Filósofo, que luego añadirá la *adulescentia* (*Epist.* 121,15 y 16); Lactancio, en cambio, tendrá cinco; “siete”, Hipócrates, y la tradición astrológica caldea que le dió prestigio, con la correspondencia entre ellas y los siete planetas conocidos; y diez, Solón (cf. P. ARCHAMBAULT, “The Ages of Man and the Ages of the World. A Study of two Traditions”, *Rev. des Études Agustinienes* 12, 1966, 194; y M. RUCH, “Le thème de la croissance organique dans le pensée historique des Romains, de Caton à Florus”, *ANRW*, I 2, Berlin-N. York, 1972, 827-841).

(49) *Div. Inst.* VII 15,14-6.

(50) La unidad de los distintos “Floro” ha sido muy discutida. Para diferentes perspectivas, cf. P. JAL, *Florus, Oeuvres*, París, 1967, II, 131-6; B. BALDWIN, “Four Problems with *Florus*”, *Latomus* 47, 1988, 134-8; L. BESSONE, “Floro: un retore storico e poeta”, *ANRW* II 34,1, Berlin-N. York, 1993, 102-7; y *La storia epitomata: introduzione a Floro*, Roma, 1996, 123-161.

te de las flores; el segundo, la hinchazón en forma de pirámide de su yema acrecida; el tercero, los cálices ya; la cuarta aurora, agosta el capullo...”⁽⁵¹⁾. Las cuatro fases de la flor son las mismas que las de Roma, según el Prólogo del *Epitome* —infancia (monarquía), adolescencia (conquista de Italia), poderosa juventud (imperialismo y secesiones internas), vejez (no referida)—. Pero el desarrollo o la aplicación no. En el rosal saldrán otros capullos: nunca ya la misma flor marchitada. En el *Epitome*, la *senectus* de Roma parece detenerse ante el increíble “reverdecer” de unos “yertos miembros” (Pról. 8). Es una manipulación, evidentemente poco brillante, del ciclo estoico que uno de los dos Séneca⁽⁵²⁾ había mantenido en su adecuado rigor histórico-filosófico, al convertir en *altera infantia* un Imperio que devuelve a Roma al poder tiránico de la denostada monarquía.

Ciertamente ese eterno retorno⁽⁵³⁾ estoico, con la repetición de cada hecho, ofrecía una perfecta salida al tema de una crisis percibida como tal. La “Historia se repite”, y tras un ciclo finiquitado viene el inicio de otro. La solución de Floro, tan peculiar, evidencia, sin embargo, alguna dificultad en su aplicación. De hecho, el dilema es si tal concepción era aceptada o aceptable para un proceso histórico de amplio espectro, o sólo en determinadas facetas o aspectos, o es tan sólo, o especialmente, un simple recurso literario. Polibio admite que “la constitución romana, tras alcanzar la cima, regresará a sus principios” (VI 9,14)⁽⁵⁴⁾; pero es difícil que pueda pensar en una “repetición” lineal del proceso de creación del imperio mediterráneo de Roma, base de su historia universal. Una cosa es aludir a una constitución y la vuelta de la masa a la ferocidad primitiva, al caer en manos del cabecilla al que su pobreza excluye de los honores, es decir al poder tiránico y monárquico (VI 9,9), y otra, creer que ese poder unificador de Roma pueda desaparecer para resurgir de nuevo en un futuro. Los historiadores subrayan la “unicidad”⁽⁵⁵⁾, o, en su defecto, la importancia extrema, de los eventos⁽⁵⁶⁾ que van a referir. Tal vez sea, justamente, el propio tiempo el que ha dado suficiente perspectiva al ignoto autor de la última serie biográfica latina, que utiliza el tema de las eda-

(51) Es el X en *Minor Latin Poets*, J. WIGHT DUFF-A. M. DUFF, eds., London, 1968, 430.

(52) La duda sobre si el Rétor o el Filósofo ha generado una amplia bibliografía (cf. p. ej., A. GARZETTI, “Floro e l’età adrianea”, *Athenaeum* 42 (1964), 136-56; y C. TIBILITETTI, “Il proemio di Floro, Seneca il Retore e Tertulliano”, *Convivium*, n. s. XXVII, 1959, 340; y, como resumen, Cl. FACCHINI, *Il Proemio di Floro: la struttura concettuale e formale*, Bologna 1990, 34, con bibliografía y discusión en la n. 29); sería importante si aquél hubiera aplicado el tema a su obra histórica estructuralmente, no sólo como dato filosófico-retórico.

(53) Cf. PLATÓN, *Timeo* 22d (como resumen, cf. E. KAHLER, *El significado de la Historia*, Círculo Univ., Barcelona 1989, 56).

(54) Para su famosa anaciclosis, cf. VI 5,4 y ss.

(55) Tucídides escribía “para quien quiera tener una idea clara tanto de los acontecimientos que han ocurrido, como de los que, algún día, según toda probabilidad humana, ocurrirán de manera idéntica o similar” (I 22); pero ¿pensaba, realmente, que la Guerra del Peloponeso iba a darse de nuevo? Remitimos al excelente análisis del problema de A. MOMIGLIANO, “El tiempo en la historiografía antigua”, *Ensayos de Historiografía antigua y moderna*, Mexico 1993, 162.

(56) Incluso la *Conjuración salustiana: in primis... sceleris atque periculi NOVITATE* (4,4).

des de Séneca-Lactancio y Floro en su último prólogo (Car. 2-3,1), para ajustarlo a un peculiar organigrama: la perpetua ley del péndulo, la alternancia eterna de buenos y malos gobernantes o fases⁽⁵⁷⁾; ello le permite mantener el pasado y el futuro de Roma en una tensión continua pero, también eterna, y, por tanto, sin final necesario. Subrayaremos algunas peculiaridades de este pasaje.

II

Floro había dado el salto de las tres genéricas etapas de Cicerón, Livio o Veleyo, a cuatro —abandonando las cinco de Varrón⁽⁵⁸⁾, popularizadas por Séneca/ Lactancio—, número que encajaba con el de Ovidio, que, dentro de una concepción neopitagórica y en el mismo tipo de metáfora agrícola del propio Floro, lo había aproximado al ciclo anual de las estaciones⁽⁵⁹⁾. También Amiano, que, en su *excursus* de los vicios del Senado y el pueblo de Roma (XIV 6,3-6), mantiene el punto de vista del epitomador, incluso en la imagen de la relación/oposición *Virtus-Fortuna* como motor y causa de la gloria pasada⁽⁶⁰⁾. Lactancio, prescindiendo de las posibilidades que la tradición cristiana le ofrecía⁽⁶¹⁾, se inclinaría por las de Séneca; y la *HA* se ha ligado, habitualmente, a él. La diferencia esencial entre estos cuatro principales textos⁽⁶²⁾ es que mientras Floro y, en gran medida, la *HA* utilizan sus esquemas para incorporar en ellos su materia histórica, los otros, como las referencias de Símaco⁽⁶³⁾ o Claudiano⁽⁶⁴⁾, recurren a él como elemento retórico, de apoyo y confirmación; como simple *exemplum*.

Sólo recientemente se ha advertido el eje interno de la obra floriana: dentro de cada una de las tres edades descritas la materia se ajusta a la peculiar fórmula analística romana *res externae/ internae*: más reducidas éstas en las dos primeras etapas, sobre todo la segunda (I 17[22-26]), muy extensas en la juventud, y viceversa⁽⁶⁵⁾. Quizá algo parecido ocurra con la *HA*. En este últi-

(57) Cf. *infra*, n. 73.

(58) Cf. SERVIO, *Coment. a la Eneida* V 295; y III 8.

(59) *Metamorf.* XV 199-229; también HORACIO (*Ars Poetica* 153-7); cf., además, RUCH, art. cit., 839.

(60) Así FACCHINI (*op. cit.*, 44; en contra, A. KLOTZ (“Das Geschichtswerk des älteren Seneca”, *Rheinisches Museum* 56, 1901, 434); JAL (*op. cit.*, vol. I, p. LXXVII y n. 2), lo rechazaba.

(61) “Seis/siete” días en el Génesis y las bodas de Caná; las “tres” jornadas de la aparición del Maestro y los estadios de la revelación de Dios; o las “cinco” fases de los viñadores. En Tertuliano, cuatro: la de la ley de la naturaleza; la mosaica; la de la gracia; y la de la gloria (*Virg. Vel.* I 4,7).

(62) Para J.M. ALONSO NUÑEZ (*The Ages of Rome*, Amsterdam 1982, 27) era el reinicio del ciclo en los dos primeros y la consideración de la Roma eterna en los dos últimos.

(63) Cf. *Discursos* 4,6. Sobre ello, cf. HAVAS, “La conception organique de l’Histoire...”, 101 y n. 19.

(64) Sobre él, cf. A. CAMERON, *Claudian. Poetry and Propaganda at the Court of Honorius*, Oxford 1970, 333-4; y, brevemente, “Claudian and the Ages of Rome”, *Maia* 27, 1975, 47.

(65) Casi todo el “libro” II son sediciones y guerras civiles; en la adolescencia, un capítulo (cf. nuestro estudio, “La concepción dramática del Epitome de Floro. Su relación con la monografía salustiana”, *Kalon Theama. Estudios de Filología Clásica*, Eds. V. Bécares, P. Fernández y E. Fernández. Salamanca, 1999, 309 y ss.

mo prólogo se fija un tópico del que hay eco en las otras biografías, el de los *boni/mali imperatores* ⁽⁶⁶⁾. La cuestión, difícil cuestión, sería determinar si es el tema de este último texto el que incardina las biografías —el autor habría vuelto atrás para redondear su redacción— o si, advirtiendo tal leit-motiv, “Vopisco” resume en él, con su peculiar bagaje de retórica e inventiva, lo advertido en ellas. Recogiendo, sin el detalle que sería necesario, la teoría general sobre las muy complejas relaciones de los cuatro textos, se podría decir que: A) el de Séneca (según Lactancio) era muy distinto al de Floro y que éste inspiró a Amiano. B) Hay un gran paralelismo entre los verbos de Séneca y los de “Vopisco”: *infantia / fundavit; pueritia / vigit; adulescentia / adolevit; iuventus / crevit; senectus / consenuit; altera infantia / reparata si...* ⁽⁶⁷⁾; éste, pues, debió apoyarse en aquél. C) Y también en Amiano, porque de su *plerumque dissidentes (Virtus-Fort.)* debió sacar la idea para su *semper inimica fortuna iustitiae* (Car. 3.6) ⁽⁶⁸⁾. A ello, a título siquiera de enunciado, quisiéramos contraponer algunos datos, susceptibles de ampliar, o, al menos, mantener, la discusión sobre el tema:

1) Pese a las evidentes diferencias de los textos de Séneca/Lactancio y Floro, hay más de una coincidencia entre sus giros, aunque no pueda decidirse con claridad si deben adscribirse al autor del tema o al cristiano. Limitándose al Prólogo del *Epitome* Claudia Facchini apuntaba unas ⁽⁶⁹⁾ pero hay otras varias ⁽⁷⁰⁾, especialmente en los pasajes programáticos, sea al abrir o resumir las edades, sea en la transición de una a otra; y que tales pasajes florianos eran conocidos de la tradición cristiana, lo demuestra Orosio —al que volveremos después—, en sus propios prefacios ⁽⁷¹⁾. Tal vez Lactancio añadió a su fuente original sus recuerdos sobre Floro, o, incluso, sintagmas de su texto. De hecho, la dependencia de “Vopisco” del antioquense a través del giro *Fortuna INIMICA IUSTITIAE* puede invalidarse —al menos cuestionarse—, si se observa que Lactancio caracteriza así, con las mismas palabras y en ese mismo párrafo, a la propia Roma: ... *quod nomen eius habuerit invisum et INIMICA IUSTITIAE alumnum veritatis populum trucidarit*. En tal caso la derivación, o conexión, debería establecerse con el cristiano, con quien, según W. Hartke, el biógrafo polemizaba ⁽⁷²⁾; no con su modelo.

(66) Cf. para abreviar, los volúmenes de la serie *HA Colloquium*, editados desde 1963 (por A. ALFÖLDY-J. STRAUB), en Bonn, hasta el 2000 (G. BONAMENTE, M. MAYER Y F. PASCHOU), en Bari.

(67) Floro ignora *vigit*; y no habla de *fundare*; ni de *reparata*.

(68) Sobre ello, cf. D. DEN HENGST, *The Prefaces in the HA*, Amsterdam 1981, 150-3.

(69) *Op. cit.*, p. 36.

(70) El *VIRIBUS SUIBUS male uteretur, quibus se ipsa CONFECIT* de las discordias internas con el *eo magnitudinis crescere, ut VIRIBUS SUIBUS CONFICERETUR* (I 47[III 12],6); o el *Marianis atque Sullanis, novissime Pompei et Caesaris manibus semet ipse LACERAVIT* (I 34[II 19],5), resumido por el cristiano, menos interesado en la *felicitas romana*, como *bellis LACERATA civilibus*.

(71) A partir de él o utilizándolo (cf. HAVAS, “Textgeschichte des *Florus* von der Antike bis zur frühen Neuzeit”, *Athenaeum* 80, 1992, 436-7. También, V. ALBA, *La concepción historiográfica de L. Anneo Floro*, Madrid 1953, 156; y BESSONE, *op. cit.*, 204-211).

(72) *Römische Kinderkaiser*, Berlin 1951, 316.

2) El esquema de “Vopisco” no encaja exactamente con las “edades” de Séneca. Utiliza el arquetipo y parte del léxico, pero con adiciones, precisiones y modificaciones que muestran otra posible influencia (2-3,2); y son sus restantes frases (3,2-8) las que reflejan su teoría particular: esa ley histórica de la obligada “alternancia” debida a la *varietas fortunae* (3,6-7) que evidencia el juego antitético de reyes (Rómulo-Numa // Tarquino), momentos o lapsos de tiempo, y emperadores⁽⁷³⁾. “Vopisco” pudo sacar la idea general de un modelo —quizá Amiano, que podría haberle llevado hasta Floro; Lactancio, que lo habría inducido, tal vez por contraste, a lo mismo; quizá Floro mismo—; pero la ha modificado y, lo que sería más notable —dado el complicado proceso de composición de la *HA*—, la ha usado como fórmula de organización de su relato. Podría haber sido una de las razones de su reelaboración. Curiosamente esa misma alternancia felicidad-desgracia⁽⁷⁴⁾ aparece, formulada⁽⁷⁵⁾ y aplicada a la historia de Roma, en Orosio⁽⁷⁶⁾. Éste, de quien Floro es importante fuente⁽⁷⁷⁾, ha sido en alguna ocasión sugerido como tal para la *HA*⁽⁷⁸⁾, lo cual evidentemente plantea problemas respecto al momento, más o menos admitido, de su escritura (*ca.* 395). Pero las peculiaridades de la génesis y conclusión de las biografías son tales que quizá no debiera descartarse el eco; un detenido análisis de tal motivo y su perspectiva a lo largo de las biografías podría ofrecer ideas nuevas sobre ambos extremos.

3) A pesar de que “Vopisco” sólo coincide con el *Epitome* en el *adolevit*⁽⁷⁹⁾ y *consenuit*⁽⁸⁰⁾, hay otros muchos detalles que parecen indicar que el responsable de la *HA* lo conocía y lo evoca conscientemente; incluso la introducción recuerda la del Prólogo floriano: *Nam si velimus ab ortu urbis repetere quas*

(73) Como selección: *viguit usque ad Tarquini Superbi tempora nostra res p., SED.../ adolevit... SED,....*, (2,4); *.../ reddidit se in integrum, SED eo usque gravata est Punicis bellis... (2,5-6); Titi felicitate... Domitiani... inmanitate... (3,3); Valeriano... Gallienum... (3,5); ...*

(74) Así, I. HAHN, “Prooemium und Disposition der *Epitome* des *Florus*”, *Eirene* 4, 1965, 30.

(75) *Iure ab initio hominis per BONA MALAQUE ALTERNANTIA, exerceri hunc mundum sentit quisquis per se atque in se humanum genus videt* (I 1,10); *Igitur Romani status agitur semper ALTERNAMUTATIO, et velut forma OCEANI MARIS, ...* (VI 14,1).

(76) No es posible analizar aquí el planteamiento de Orosio —su historia es una “realización divina”—; apuntamos su peculiar secuencia de imperios, tras el que vendrá el de Dios, y las coincidencias entre el primero (babilónico), y último (Roma; II 2,3-4; y 9; VII 2,3); y la relación con Floro en terminología y concepción (incluso el tópico de la *libertas*, § 3), si bien no en la cronología.

(77) Alcanza a la planificación general (*cf.* V 24,9-21); a pasajes concretos (p. ej., el IV 2); comentarios (V 16,22-23) o giros (*intestinalis clades, ib.*, 17,1); Roma, animada por sus éxitos, olvidaba los problemas; su vanidad supone la guerra itálica y Sila; y “tras este desastre familiar e interior”, los triunfos de Lúculo, Pompeyo, y César, y el *I.R* alcanza el confin de las tierras; luego, Carras y la guerra civil de Pompeyo-César; en medio, un incendio que la reduce a ceniza.

(78) P. ej., para el nombre de *Ovinus*, VI 19,20-*HA*, AS 48,1-6 (*cf.* E. BIRLEY, “Some Names in the *HA*”, *BHAC* 1979-81, Bonn 1983, 85). Para J. STRAUB la colección era una obra *adversus christianos* (*cf.* *Studien zur HA*, Berna 1952; y, sobre todo, *Heidnische Geschichtsapologetik in der christlichen Spätantike*, Bonn 1963; y sus diversos artículos en la colección *BHAC* 1963-1971).

(79) *Cf.* Pról. 4; I 18[II 1],1. La *HA* sólo lo utiliza para la *respublica* aquí (*cf.* SAL., *Conj.* 51,40). En Lactancio no aparece.

(80) Pról. 4 y 8. Floro olvida el *senescere* de la famosa sentencia de *Yugurta* (2,4), por el compuesto catilinario (20,10). Pero también es utilizado por Lactancio.

varietates sit passa Romana res p., INVENIEMUS... (Car. 2.1) / *Si quis ergo P. Romanum quasi unum hominem consideret... INVENIET* (Pról. 1). Nada obligaba al biógrafo a usar la misma subordinada, ni el mismo verbo. Si lo hace, por tradición o por intertextualidad⁽⁸¹⁾, el eco es consciente. Otro, éste doble, sería la pregunta *Quid deinde Numam loquar...?*, semejante a la primera de la serie retórica de la *anacepahaleosis* floriana de la monarquía (I 2[8],1)⁽⁸²⁾, cuya presentación, “Roma tuvo siete reyes *quadam factorum industria tam Variis ingenio, ut rei publicae ratio et utilitas postulabat*” (§ 2), parece materializarse en la vida de Regiliano de “Polión”⁽⁸³⁾. Otros detalles de las últimas vidas refuerzan la conexión⁽⁸⁴⁾.

4) La *varietas*⁽⁸⁵⁾, ligada a Amiano (14,1,1), puede partir, además de del propio *variis* de Floro, de otros textos, sin duda muy conocidos por el retórico autor de la *HA*: de los de Cicerón al hablar de la historia: *nihil est aptius ad delectationem lectoris quam TEMPORUM VARIETATES FORTUNAEQUE VICISSITUDINES* (*Ep.* V 12,4); su propia definición: *nonne ipsa varietas, quae est propria fortunae, fortunam esse causam docet?* (*Div.* II 109); o la filosófica reflexión del *De finibus*: *VARIETATES iniuriasque FORTUNAE facile veterum philosophorum praeceptis instituta vita superabat* (IV 17)⁽⁸⁶⁾. O de los de Nepote. En uno, que recoge el leit-motiv de las vidas —la derrota del héroe por la *invidia* o incompreensión del pueblo—, se advierte que Timóteo (†354), que había acrecentado la gloria de su padre Conón con sus muchas virtudes⁽⁸⁷⁾, fue acusado de traición por el pueblo⁽⁸⁸⁾, que apenas reparó la injusticia tras su muerte; el nieto debía rehacer, con gran ignominia, la muralla que su abuelo había alzado: *In quo FORTUNAE VARIETAS est animaduversa* (4.1). El otro, más interesante aún, incorpora este mismo motivo del ascenso-caída de la *varietas fortunae* del hombre y la situación política; el giro súbito de la Fortuna (*Att.* 10,1), al regresar Antonio a Italia, cambió de repente la posición de Ático, amigo de Cicerón y Bruto; por tal amistad tuvo que esconderse en casa de P. Volumnio, al que poco antes él había ayudado: *TANTA VARIETAS iis temporibus fuit FORTUNAE, ut modo hi, modo illi in summo essent aut fastigium aut pericu-*

(81) Cf. nuestro trabajo, “Intertextualidad y tradición en la época imperial: Los prefacios de Livio y Floro”, *Contemporaneidad de los clásicos: en el umbral del tercer milenio*, ed. M.C. ALVAREZ-R.M.^a IGLESIAS, Murcia, 1999, 613-21.

(82) El *quid Numa religiosus?... Ita res poposcit ut...* (§ 2). *Quid ille... Tullus?... Quid aedificator Ancus,...*? (§§ 3-4).

(83) Valeriano eligió a unos generales dignos de gobernar el Imperio, que se mostraron en ello cual la *Romana felicitas, si continuari fataliter potuisset sub bono principe, requirebat.* (T 10,15).

(84) Al tema estamos dedicando un detallado análisis. Baste ahora explicar el *Hispaniensis astutia* (Pr. 1,4). Dos de los líderes de la resistencia hispana, Olindico y el *Hispaniae Romulus*, Viriato, son caracterizados por Floro con esa positiva nota, la astucia.

(85) *Variis motibus... felicitate variata* (1.2); *varietates sit passa R. resp.* (2.1); *imperii amans varietatum... eventuum varietate* (3,7). La repetición sintagmático-temática sugiere connotaciones eidéticas.

(86) Cabe añadir el *maturitates temporum et varietates mutationesque* (*Nat.* II 155).

(87) ... *desertus, impiger, laboriosus, rei militaris peritus neque minus civitatis regendae...*

(88) ... *acer, suspicax ob eamque rem mobilis, adersarius, invidus...* La antítesis es clara.

lo (§ 2). El tópico, como tal, y con tal formulación, es fácil de recordar. De proceder de ahí la idea, la *HA* se situaría, conscientemente, en una línea de doble enlace con el modelo: por una parte, al género literario del que ella iba a ser la última representante; por otra, al tema, cuyo alcance amplía: de una ley biográfica se pasa a una ley histórica.

La visión de Séneca y la de Floro respondían a un interés, o necesidad, concretos: no por casualidad éste desarrolló el tópico de la *libertas* que aquél había registrado, convirtiéndolo en uno de sus ejes estructurales más notables⁽⁸⁹⁾. Es evidente también que la coincidencia en estos últimos años del siglo IV de esta reflexión y del tema de las edades se debe a la comprensión de una crisis en la que se está inmerso, o que es inminente. Más de una vez Roma se había visto angustiada por esa idea del desastre⁽⁹⁰⁾; ahora, sin saberlo, tenían razón. No sabemos si el antioquense fue capaz de ver la segunda gran revolución de Constantino —superior a la de Augusto⁽⁹¹⁾—, que parece haber dejado el Imperio ante un nuevo renacimiento, y si, de advertirlo, lo refirió. No parece. “Vopisco”, sin embargo, en un esfuerzo de interpretación personal del pasado readapta una teoría tradicional, rompiendo la secuencia biológica y ajustando, al menos en parte, su materia a sus conclusiones, y a sus deseos o necesidades; el problema de la vejez parece más digerible porque la ley del péndulo la incorpora y modela. Por eso su propio final, un clímax ascendente, aunque coyuntural, es modélico: Diocleciano y la Tetrarquía resuelven positivamente, una vez más, esa *varietas fortunae*; y, lo que es más notable, la habilidad de su periodización muestra cómo una simple obra biográfica ha logrado trascender las exigencias del género para señalar, con auténtica percepción histórica y hábil resolución historiográfica, el resultado del paso del tiempo: una nueva fórmula de gobierno da cumplida respuesta a los problemas; y el hito que su secuenciación evidencia sigue aún hoy vigente. Las metáforas no deben servir para las interpretaciones históricas⁽⁹²⁾, pero ayudan a entender la Historia y cómo fue percibida por sus cronistas a lo largo de ella misma.

Univ. de Salamanca

ISABEL MORENO

(89) Remitimos a nuestro estudio citado en la n. 65.

(90) Cf. SORDI, *op. cit.*, 781.

(91) Porque implicaba, además de la social y religiosa —la transformación en una sociedad cristiana—, la psicológica —la lengua de la conversión y la ortodoxia ofreció una nueva forma de expresión articulando nociones diferentes sobre uno mismo y sobre “el otro”—; y la historiográfica, en tanto que la historia eclesiástica empezó a reemplazar la imperial (cf. H.A. DRAKE, *Constantine and the Bishops. The Politics of Intolerance*, Baltimore 2000).

(92) La frase es una recreación intertextual de la de MOMIGLIANO (art. cit., 167): “Las metáforas aisladas no hacen interpretaciones históricas”.